

Mirar la vida con los ojos de Jesús

El MTC tiene una espiritualidad propia, una forma propia de vivir la vida cristiana

Por P. MARIANO ARROYO

Para mucha gente ser cristiano está unido a unas pocas cosas: admitir que existe un Ser Superior a nosotros y cumplir con Él de vez en cuando, rezando algo o visitando un templo. Esta idea corresponde al modelo tradicional de la persona religiosa. Así lo entendió el hombre cuando descubrió que su vida era manejada por poderes superiores. Pero el cristianismo es una religión diferente y, por tanto, rompe este esquema. El cristiano no se mide por unas creencias que tenga en su cabeza ni por unas prácticas rituales. El cristiano se define como seguidor de un modelo que se llama Jesucristo.

El MTC tiene una espiritualidad propia, es decir, tiene una forma propia de vivir la vida cristiana. Esto quiere decir que, aunque coincidimos con los demás cristianos en lo fundamental, hay matices que nos distinguen y esos matices tenemos que cuidarlos. Un matiz propio es la mirada positiva al mundo.

Para nosotros el mundo no es “el reino del mal”, aunque sabemos que el pecado corre por sus venas. Para nosotros el mundo es obra de Dios y estamos convencidos de

que su Espíritu sigue actuando en él y no sólo en el grupo de los que explícitamente creemos en Dios. El actuar de Dios va más allá de las paredes de nuestros templos. Dios está en el barrio, entre la gente, en la amistad sana de los jóvenes, en la generosidad de las abuelas, en los gestos solidarios del centro de trabajo, en el amor de las parejas que se buscan y se quieren... Por todo esto, el alma de nuestro método, que denominamos *Revisión de vida*, está en buscar este lado bueno de los acontecimientos, esta presencia de Dios que hace fermentar, como la levadura, la vida y el amor entre los hombres.

¿Y de dónde sacamos nosotros este “matiz” de nuestra vivencia cristiana? La

respuesta es clara: de Jesús de Nazaret. Esta es la característica que brota del Evangelio. Él es el que nos enseña a mirar “hacia fuera” más que hacia dentro, a ampliar nuestra mirada marcada tantas veces por el exclusivismo y los prejuicios. Por eso somos llamados, cada día, a mirar la vida con los ojos de Jesús, que, a su vez, son la copia de los ojos del Padre.

Para nosotros el mundo no es el “reino del mal”, aunque sabemos que el pecado corre por sus venas